

BIBLIOTECA DE ZEA

## EL RENEGADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, SACADO DEL FRANCÉS I ARREGLADO EXPRESAMENTE PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

(Continuacion.)

## ACTO II.

(El teatro representa una sala en el palacio de Tarik.)

## ESCENA I.

IBRAHIM, JUANINO

(Al levantarse el telon, Ibrahim, parece sepultado en profundas reflexiones; Juanino está de pié, cerca de él, mirándolo con ternura.)

JUANINO. Señor Ibrahim, explicadme la razon de tanta affixion i tristeza.

IBRAHIM. Bien lo sabes, Juanino. Largo tiempo ha que las virtudes de los cristianos han movido mi corazon; en secreto, he examinado a fondo sus sagradas letras, comparando sus dogmas con los de nuestro profeta. Con lo que he leído, he sentido nacer la duda en mi alma. (Levantándose.) Sin embargo ¿será posible que Mahoma no haya sido sino un vil impostor....; un instrumento de que se haya servido el cielo para castigar la impiedad de los mortales?.... ¿Será cierto que el tuyo es el único verdadero Dios, que la luz de la verdad solo alumbra a los cristianos?

JUANINO. Así es, señor, no lo dudeis; pero, pudiendo mi ignorancia, en materia tan importante, comprometer la religion que yo defiendo, permitidme traiga a vuestra presencia un ministro de nuestra santa fé; consultadle, comunicadle vuestras dudas; su voz os alumbrará, su voz hará brotar en vuestro corazon esa fé que

salva; luego sereis cristiano como yo i así veré cumplido mi mas ardiente deseo.

IBRAHIM. ¡I qué! ¿no conoces las leyes que nos gobiernan?

JUANINO. Sí, señor, las conozco; i sé tambien que crueles tormentos me aguardan si llego a ser descubierto.

IBRAHIM. Mas ¿estás seguro de que se encuentre algun sacerdote en el ejército de Vasco de Gomez?

JUANINO. ¿Acaso no están siempre donde hai algun beneficio que prestar?

IBRAHIM. ¿Entónces no temen las leyes que los condenan?

JUANINO. Tratándose de salvar a sus semejantes, una alma que sea, nuestros sacerdotes no temen la muerte; en la hora del peligro, siempre están prontos a sacrificarse i a trabajar hasta el último aliento de su vida.

IBRAHIM. Juanino, sé mi hermano, yo quiero ser cristiano; ahora mismo preséntame al ministro de tu Dios; quiero verle, oírle i exponerle mis dudas.

JUANINO. Enhorabuena. Apénas anochezca, saldré de este castillo e iré, con este objeto, al campo cristiano. Ahí todos me conocen, pues son mis hermanos, soi español como ellos i, como ya lo sabeis, ántes que cayese prisionero i fuese reducido a la esclavitud, siempre combatí entre sus filas.

IBRAHIM. ¡Tú mi esclavo, Juanino! . . . . Nó, llámame tu hermano, pues, desde hoi, dejo de ser tu amo; i para hacerme ménos indigno de ese nombre, oye lo que proyecto . . . . Bien conoces el grande influjo que ejerzo en el ánimo de Tarik i los numerosos amigos de que puedo disponer; tú bien sabes que poseo las llaves de todos los calabozos i puertas de este castillo; ahora bien, ese influjo, esos amigos, ese poder, quiero me sirvan para restituir la libertad a todos aquellos desgraciados cautivos que los azares de la guerra han puesto ayer en nuestras manos. Yo sé cuántas i cuáles seducciones los amenazan; quiero salvarlos de los lazos que talvez les armarán; quiero vuelvan entre los suyos i pronto estoi a marcharme con ellos. Entretanto, vete a disponer mis armas i no te olvides de la promesa que me has hecho de traerme esta noche un sacerdote cristiano. Tú mismo lo irás a buscar; o bien, puedes valerte de algunos de los cautivos, de aquel campesino que trajeron el otro dia i a quien Tarik entregó una carta . . . .

JUANINO. Recuerdo ¿el aldeano Perico?

IBRAHIM. El mismo; yo creo que él puede servirnos.

JUANINO. Es verdad: Perico es astuto i capaz de todo.

IBRAHIM. Entónces, ya está decidido. Lo harás salir por la poterna que da al bosque en que se halla acampado el ejército cristiano. Luego te entregaré la llave de esa poterna.

JUANINO. Corriente. Entónces, hasta luego.

IBRAHIM. Aguarda. Antes de irte, dime ¿quién es aquel guerrero que combatia bajo nuestras banderas i capitaneaba nuestros

soldados contra los cristianos? La visera de su casco no me permitió distinguirle el rostro.

JUANINO. Ese hombre, a quien Tarik ha dado el nombre de Almanzor, es hijo de uno de los mas bravos caballeros que ha visto jamas la tierra de España: es el hijo de Gomez.

IBRAHIM. Ese hombre es cristiano i combate contra sus hermanos ¡qué horror!

JUANINO. Cristiano lo fué; mas, ya no lo es. (*Mirando hacia la derecha.*) Pero, Tarik se acerca. Retirémonos, retirémonos; vamos a pensar en los medios de arrancar a los cristianos de la cruel suerte que les amenaza. (*Vánse por la izquierda.*)

## ESCENA II.

TARIK, ALONSO (*Con el nombre de*) ALMANZOR, LÓPEZ (*Con el nombre de*) SOLIMAN.

TARIK. Has peleado cual héroe, Almanzor. Mis ojos te han visto i admirado en medio de la refriega; i, lo confieso, a tu valor debemos la derrota de los infieles godos. ¡Lluevan sobre tí las bendiciones de Mahoma! Ya no puede ser dudoso el triunfo de los creyentes moros, despues de la victoria que han alcanzado hoi sus armas. No encontrando ya Pelayo quien lo ampare, tendrá luego que someterse; si se atreviese a resistir todavía, lo seguiremos en medio de las montañas; ahí lo acosaremos cual fiera hasta en los sitios mas inaccesibles, i acabando con él, acabaremos con España i su religion maldita. Almanzor, harto galardón te han merecido tus servicios; te habia colocado tu alcurnia en las gradas de un trono que acaba de hundirse bajo nuestras plantas. Pues bien, yo, el teniente del padre de los creyentes, quiero restituirte lo que has perdido por causa mia: el reino de Murcia espera un soberano; vé, Almanzor, vé a ceñirte esa real corona. ¡Rei de Murcia, Tarik te saluda!

ALMANZOR. Señor, tanta bondad....

TARIK. Debe pagarse con una adhesion a toda prueba. Al amanecer, Almanzor, podrás ir a tomar las riendas de tu nuevo gobierno; pero, no olvides jamas que la misma mano que te da la corona, puede tambien arrebatarla. Ten presente que, rodeado por los emisarios de Tarik, serán vijilados todos tus actos i hasta tus mas secretos pensamientos. Has reinar la justicia, propagando con una mano la religion de Mahoma, i con la otra aniquilando el cristianismo. Solo en su sangre padrás lavar la cruz que, al nacer, estamparon en tu frente.

ALMANZOR. Señor, el alto rango al que os dignais llamarme, es mas que suficiente para dejar mui satisfecha la mas desmedida ambicion. Sin embargo, hablando con la franqueza que me es propia, i que escusareis, las pruebas de desconfianza que me ma-

nifestais, empañan no poco el brillo de la corona que me habeis brindado con tanta jenerosidad. ¿Acaso no estais seguro de mi fé?

TARIK. ¡Almanzor, Almanzor, quién renegó de su Dios, puede faltar a su fé! . . . . Pero, no hablemos mas de esos leves lunares que, borrados por el tiempo, luego te han de hacer olvidar la solicitud de tus nuevos cortesanos. Dime, Almanzor, tú que conoces los enemigos que nos han disputado la victoria, dime ¿quién era aquel guerrero, de las armas bruñidas, en cuyo casco ondeaba blanco penacho; aquel jefe que tantas veces puso el desórden en nuestras filas?

ALMANZOR. ¡Ah! demasiado lo conozco.

TARIK. Era . . . .

ALMANZOR. ¡Mi padre!

TARIK. ¿Tu padre, Almanzor? . . . Te doi los parabienes; recibe mis felicitaciones; es mi prisionero, i mui grande es mi satisfaccion porque él encontrará en tí un poderoso protector.

ALMANZOR. Señor, ahora mas que nunca soi enteramente vuestro. Mis tesoros, mi espada, mi vida, todo os pertenece; mas ¡ah! restitud la libertad a mi padre.

TARIK. Grande, mui grande es tu engaño, Almanzor. Las leyes de nuestro profeta, que no puedo infrinjr, decretan para los plebeyos i villanos la esclavitud; mas, para los poderosos, la abjuracion o . . . . la muerte.

ALMANZOR. ¡La muerte!

TARIK. Sí. Mas, tú, como fiel sectario de Mahoma, fácilmente lograrás la abjuracion de tu padre, valiéndote, para tan noble fin, de cuantos recursos suele inspirar la piedad filial. Si ha sido premiada la abjuracion de Alonso con todo un reino, juzga de cuanto valor será para mí la de su propio padre. Retírome, Almanzor, luego tendremos que hablar de tu reino de Murcia i de nuestros prisioneros. (*Vase por la derecha.*)

### ESCENA III.

ALMANZOR, SOLIMAN.

ALMANZOR. (*Lleno de furor i en la mayor desesperacion.*) ¡Maldicion sobre mí i sobre el dia que me vió nacer! ¡La venganza de Dios caiga sobre tí, Lopez, sobre tí que me has arrastrado hasta el precipio, arrojándome en un abismo insondable! ¡Oh, abominable i fatal ambicion que me armaste contra mi padre, que me armaste contra mi patria i contra mi Dios!

SOLIMAN. (*Mirando en torno suyo i a media voz.*) Sosegaos, señor, os pueden perder vuestros imprudentes arranques. ¿No sabeis que pueden oiros? ¿no sabeis que todas las avenidas de este palacio están custodiadas?

ALMANZOR. ¡Poco me importa la vida habiendo perdido el honor!

SOLIMAN. Una sola palabra basta para que perdais la confianza de Tarik.

ALMANZOR. ¡La confianza de Tarik!... Tan pronto has olvidado esa expresion tan llena de verdad: ¡quién renegar pudo de su Dios, puede faltar a su fé!... ¿Acaso no han hecho mella en tu corazon esas terribles palabras?... ¿Al oirlas, no comprendiste a qué precio he comprado mi reino?... ¡Ai de mí! ¡para reinar lo he sacrificado todo, mi relijion, mi honor, mi patria!... ¡Para reinar, he entregado a una muerte casi segura a mi propio padre!... ¡Mi padre!... ¡Ah! ¡si él supiera que el guerrero que acaudillaba las tropas enemigas era su propio hijo!... El nunca abjurará; preferirá mil muertes a tamaña infamia. ¡Yo soy quien lo ha arrastrado hácia la cortante cimitarra!... Si pudiera ignorarlo al ménos... Al verme, morirá de dolor i de vergüenza.

SOLIMAN. ¡Tranquilizaos, don Alonso, tranquilizaos!... Vuestro dolor no me admira; en cuanto a vuestras maldiciones, ni las extraño, ni las temo; luego lloverán las bendiciones, cuando, afianzado vuestro trono de Murcia, os veais rodeado de fieles súbditos, dueño de inmensos tesoros; cuando, sobre todo, podais desafiar impunemente el poder de los califas, derribando su omnipotencia i reinando vos en su lugar.

ALMANZOR. Tarik tenia razon... ¿No lo crees así, Lopez?... En efecto ¿qué valor puede tener el juramento de quien no teme a su Dios?... Es una mera fórmula que la boca pronuncia i que desvanece el viento... Sí, hablemos de Murcia; me gustan tus proyectos; seamos conspiradores; derribemos el poder de quien lo tenemos todo. (*Se oye ruido adentro.*) Mas ¿qué significa ese tumulto?

#### ESCENA IV.

DICHOS, PERICO, ABDALLAH, MARIETTO, MENDOZA I CAUTIVOS ESPAÑOLES, (*despues*) JUANINO.

ABDALLAH. Vamos, perros cristianos ¡adelante! (*Da un latigazo que hace saltar a Perico.*)

PERICO. (*Rascándose las pantorrillas.*) Cuidado, señor mahometano, que tengo el cutis mui delgado i que, el látigo que maneja tan bien vuestra merced, no tiene nada de divertido. Si al ménos...

ABDALLAH. ¡Calla, perro!

PERICO. (*Aparte.*) ¡Qué mal criados son estos señoritos mahometanos! Da miedo el oirlos.

ALMANZOR. ¿Hai otros cautivos fuera de esos guerreros, Abdallah?

ABDALLAH. Sí, señor Almanzor; solo traigo aquí la vil canalla.

PERICC. (*Aparte.*) Mil gracias por el cumplimiento al señor sarraceno. (*Mirando a Almanzor.*) ¡Oiga! ¿quién será ese otro hijo de Mahoma? . . . Qué parecido es a don Alonso. (*Mirando a Soliman.*) ¿I aquel otro con su cara de vinagre? . . . Apostaria, no sé cuanto, que es el señor Lopez.

ABDALLAH. ¿Qué haces ahí? . . . ¡Quita, perro! (*Dándole fuertes latigazos.*)

PERICO. (*Brincando.*) ¡Ai! ¡ai! ¡ai! (*Aparte.*) ¡Qué bruto! ¡qué moro tan mal morijerado! ¿No dirian que le han de pagar los golpazos con que machuca el cuero de quien ni siquiera le dice: esta boca es mia?

ABDALLAH. ¿Qué estas refunfuñando, perro?

PERICO. Digo . . . , que no digo nada . . . . (*Aparte.*) ¡Maldito negro!

JUANINO. (*Entrando por la derecha.*) Rei de Murcia, el ilustre Tarik, luz de nuestros ojos i gloria del orbe, os envia el prisionero de que os habia hablado.

ALMANZOR. ¡A mí! dices . . . . Pero ¿qué prisionero es ese?

JUANINO. El jefe de los cristianos: Vasco de Gomez.

ALMANZOR. (*Aterrado; aparte.*) ¡Mi padre!

## ESCENA V.

DICHOS, DON VASCO, SOLDADOS MAHOMETANOS (*Que entran por el foro.*)

ALMANZOR. (*Aparte.*) ¡Dios! ya está aquí . . . . ¡Oh, si la tierra pudiera ocultarme en sus entrañas! (*Despues de un momento de silencio.*) ¡Padre mio!

D. VASCO. ¡Cielos! ¿qué veo? . . . ¡él! . . . Nó, no puede ser . . . Me engañan mis ojos . . . . Es una ilusion de mis sentidos . . . . ¡Alonso! . . . . nó, eso es imposible.

ALMANZOR. Padre mio, oidme: mirad que se trata de vuestra vida . . . .

D. VASCO. Pero nó; no es un sueño lo que pasa por mí. (*Mirándolo fijamente.*) Es su propia voz; yo la reconozco . . . . Su semblante es el mismo; . . . . sus miradas . . . . (*Cubriéndose el rostro con las manos; aparte.*) ¡Vergüenza! . . . . ¡sí, es mi hijo!

ALMANZOR. Escuchadme, padre mio.

D. VASCO. ¿Qué dices, sarraceno? ¡Yo, tu padre! (*A los cautivos.*) Españoles, acercaos: mirad bien a ese hombre; él es libre, yo esclavo; es mahometano, yo cristiano . . . . ¡i me llama su padre! ¿Lo podeis creer?

ALMANZOR. ¡Padre mio!

D. VASCO. Vil impostor, no profanes ese santo nombre. ¡Gran

Dios! si así fuera, te diria: ¡Miserable, tú eres mi hijo i te atreves a presentarte a mi vista con las insignias de tu aprobio! . . . . ¡I qué! ¿No sabes que el horror que me inspiras me da alas para invocar sobre tí la cólera de mi Dios? . . . . Nó, no eres mi hijo: tu voz, tu semblante son talvez los de mi Alonso, pero tu fé no es la mia; mi rei es Pelayo, i el tuyo es el caudillo de la maldita secta de Mahoma.—Sarraceno, me han hecho venir a tu presencia; aquí estoi: habla, pues, tu prisionero escucha.

ALMANZOR. ¿Por qué aparentais no reconocermes? . . . . ¿Por qué poneis en duda que yo sea vuestro hijo? . . . .

D. VASCO. ¡Qué! ¿tú quieres que te llame mi hijo? . . . . Pues bien, puesto que así lo quieres, oye i contesta a tu padre.

ALMANZOR. (*A los cautivos.*) Retiraos, esclavos, retiraos.

D. VASCO. No se moverán de ese lugar; yo lo mando i lo quiero. Son españoles todos i no esclavos.

ALMANZOR. Así, señor ¿quereis infamarme en su presencia?

D. VASCO. Si no eres mi hijo, en nada te ofende su presencia; si lo eres, ella te debe agradar sobremanera. Jamas hasta ahora se ha visto que un Gomez se avergonzase de hallarse en compañía de los suyos.

ALMANZOR. Pero, señor, pensad que os amenaza un gran peligro: se trata de hacer vuestra abjuracion, o de morir.

D. VASCO. ¿Puedes acaso dudar cuál sea mi determinacion?

ALMANZOR. Señor, por amor a vuestro hijo ¡abjurad!

D. VASCO. ¡Yo abjurar! i por esa vil condescendencia . . . .

ALMANZOR. Os darán honores, poder, una corona talvez,

D. VASCO. ¿I qué te han dado a tí? ¿qué es lo que te movió a cometer semejante bajeza?

ALMANZOR. Yo soi rei de Murcia.

D. VASCO. Eso es decir la verdad. ¡Dios os guarde rei de Murcia! ¡Dios os guarde hijo de Gomez! . . . . ¡Hijo de Gomez! . . . . ¡qué he dicho, gran Dios! (*Lleno de indignacion.*) ¡I qué! ¡tú llevarias mi nombre, i sin la menor vergüenza podrias mirar su infamia i su deshonor! . . . . (*A sus guardias.*) ¡Soldados, conducidme de nuevo a mi prision; nada tengo que ver con ese hombre . . . . no le conozco!

ALMANZOR. ¡Señor! . . . .

D. VASCO. (*A sus guardias.*) Llevadme, os digo, llevadme.

ALMANZOR. (*Arrojándose a los piés de su padre.*) ¡Piedad, señor, piedad! ved a vuestro hijo postrado a vuestros piés.

D. VASCO. (*Apartando a su hijo que se abraza de sus rodillas.*) Deja, infame; no te llames así . . . . Si fueras mi hijo, harias mil pedazos tu corona, despedazarias ese turbunte i dirias que eras cristiano . . . . Mas ¿por qué callas? ¿por qué enmudeces? ¿por qué te estás arrastrando a mis piés?

ALMANZOR. Ya es imposible, señor ¡es demasiado tarde!

D. VASCO. (*Tremendo.*) ¿Ya es imposible, miserable, ya es imposible? . . . . Pues, entónces ¡yo te maldigo!

ALMANZOR. (*Cayendo desplomado.*) ¡Ah! (*Lopez acude a favorecerlo.*)

CAUTIVOS CRISTIANOS. ¡Gran Dios! (*Movimiento de horror.*)

## ESCENA VI.

DICHOS, TARIK (*Entrando por la derecha.*)

TARIK. (*Aparte.*) ¡Rabia! Por lo visto, todo ha sido inútil. (*A los soldados.*) Guardias, rodead a ese hombre.

D. VASCO. ¿Con ese vano aparato, piensas talvez atemorizarme?

TARIK. ¡Calla! hablarás solo despues de interrogado por mí.

D. VASCO. Aguardando estoi.

TARIK. Quisiera saber por qué razon, valiéndote de tu poder sobre tus vasallos, los has excitado a que combatan contra los soldados del verdadero Dios.

D. VASCO. El verdadero Dios, no es el de Mahoma.

TARIK. ¿Por qué, con tanta osadía, te has atrevido a alzar la bandera aborrecida, llevando la muerte contra los fieles hijos del profeta?

D. VASCO. Porque ellos eran los enemigos de mi fé i de mi patria; ellos querian esclavizarla; ellos querian destruir la venerada i sagrada relijion de nuestros padres.

TARIK. ¿Quién eres tú para hablarme así?

D. VASCO. Soi Vasco de Gomez, español i cristiano.

TARIK. I ¿sabes tú cuál es mi poder? ¿sabes quién soi?

D. VASCO. Yo sé que tú puedes quitarme la vida, Tarik es tu nombre; yo sé que eres tú quien ha llenado de ruinas mi desgraciada patria; yo sé que tus soldados son bandidos feroces i que tú eres su caudillo.

TARIK. ¡Te atreves a insultarme, vil esclavo!

D. VASCO. Para el cristiano no hai esclavitud.

TARIK. Te haré arrancar la lengua i reventar los ojos.

D. VASCO. Nada me importa mi cuerpo si salvo mi alma.

TARIK. ¡Qué insensato eres, Vasco! . . . . Escúchame: sé de los nuestros i te perdono la vida.

D. VASCO. ¡La vida! . . . . nada vale para mí.

TARIK. Vivirás rodeado de riquezas i de honores.

D. VASCO. Esas riquezas, esos honores ¿acaso me acompañarán al cielo?

TARIK. Ceñirás real corona.

D. VASCO. ¿Será la que tú me concedas mas brillante que aquella que Dios tiene reservada a sus escojidos?

TARIK. Tu fé es una locura.

D. VASCO. Esa locura salvará al mundo.

TARIK. (*Furioso.*) ¿Piensas talvez, porfiado viejo, que una pronta

muerte te proporcionará, sin dolor alguno, aquella corona que te promete tu ciego fanatismo? . . . Así no lo pienso yo: agotaré en tí toda mi zaña i mi enojo; el verdugo experimentará en tus carnes nuevos i exquisitos tormentos, i despues de haberte hecho sufrir mil i mil angustias i espantosos suplicios, serás conducido a la hoguera i ahí perecerás como un perro, quemado a fuego lento.

D. VASCO. ¡Cristiano soi!

TARIK. ¡Obedece, sino entrego a las llamas a cuantos esclavos fueron compañeros tuyos!

D. VASCO. (*A los cautivos.*) Españoles ¿qué consejo me dais?

CAUTIVOS. ¡Somos cristianos!

TARIK. (*Terrible.*) ¡Piara de perros, todos morireis! (*A don Vasco.*) Tú tambien morirás; sobre tu corazon despedazado quiero saciar mi sed de venganza. Dí: ¡maldito sea Cristo! o renuncia a la vida.

D. VASCO. ¿Será preciso repetírtelo otra vez? . . . Tarik ¡cristiano soi!

TARIK. (*Fuera de sí.*) ¡Guardias, llevadle al mas estrecho calabozo; i, mañana, ántes que brille la primera luz del dia, le conducireis al suplicio!

ALMANZOR. (*Volviendo en sí.*) ¿I mi padre, Lopez, mi padre? . . . (*Viendo a los soldados que le llevan.*) ¡Ah! ¿dónde le llevais?

TARIK. ¡A la muerte!

D. VASCO. ¡A la gloria!

(*Cae el telon.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará.*)



## FRAGMENTOS.

---

(A MI QUERIDO AMIGO JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.)

### I.

Feliz criaste al hombre, Dios potente;  
Noble, del limo lo sacó tu mano,  
Brilló en su altiva frente  
De tu luz un reflejo:  
Soberano la tierra lo aclamaba,  
El clarísimo cielo era su espejo,  
Siempre a lo alto la mirada alzaba,  
I en el mundo no habia un solo abrojo  
Que al monarca del orbe diera enojo.

I amaba i era amado . . . .  
Sí, Dios mio . . . I amaba i era amado  
Con ese amor anjelical i puro,  
Sin pena, sin sonrojos,  
Nunca ajitado, sin cesar seguro,  
Que velar jamas supo  
En llanto amargo los mortales ojos.

¡Esa vida era vida!  
Nadie entónces, temblando,  
Correr sentia el tiempo presuroso,  
No de las Párkas el oficio infando,  
No de la muerte el hálito espantoso,  
Turbar podian con letal desmayo  
De un sol de vida el inmutable rayo . . . .

Las flores siempre frescas i fragantes,  
Los prados siempre verdes,  
Alegres siempre las canoras aves,  
Claros siempre las aguas murmurantes . . . .  
¡Oh tiempo deleitoso  
Tan fugaz e inconstante como hermoso!

¡Inconstante, fugaz! . . . . ¿Por qué, Dios mio  
Si al hombre puro hiciste,  
Por qué el jérmén del crimen, del desvío,  
En su inexperto corazon pusiste?  
¡Noble! i alzar no supo una plegaria  
Diciéndoos: “Señor, yo soi indigno  
De tu inmensa bondad: dicha precaria  
Mi dicha fué; al castigo me resigno:  
Mas, solo yo he pecado,  
Solo yo tus mandatos he burlado;  
Sobre mí caiga, sobre mí tan solo,  
Tremendo el anatema fulminado,  
¡No de mis hijos el dolor yo vea!  
¡No por mis hijos maldecido sea! . . . .”  
¿Porqué, porqué, Dios mio? . . . . Mas ¿qué digo?  
¡Perdona a un vil gusano de la tierra,  
Que medir quiso su razon contigo!

¡Esa vida era vida!  
Señor, Señor, mi corazon sediento  
Suspira por el agua de la vida  
¡Que pase luego este crüel tormento  
Que llaman existir! ¡Mi alma abatida,  
Pueda volar al cielo,  
Léjos del torpe aliento  
Que agosta i mata en el mezquino suelo!  
¡Sienta por fin mi frente,  
Libre de humillacion i de vergüenza,  
El soplo omnipotente,  
Con que sacaste un mundo de la nada,  
Soplo divino que al no ser fecunda,  
I que en clemencia i en perdon abunda!

.....  
.....  
.....

## II.

¡Cuánto en esta prision, cuánto se sufre,  
Desierto sin *oásis*  
De la maldad i del dolor morada!  
Despreció el primer hombre la ventura,  
Nosotros la buscamos . . . . ¡nada, nada!

Sufre el jóven . . . . O bien los desengaños,  
Despedazan cruelmente,

En la flor de los años,  
Su corazon ardiente;  
O bien en su alma, roedora duda,  
Horribles tempestades desenfrena,  
I hace que el triste hácia el abismo acuda,  
Ciego i atado a una fatal cadena.  
Sufre el anciano . . . . Matador hastío  
Devóralo sin tregua;  
El peso del pasado desvarío,  
Le atormenta quizás. Ora a la muerte  
Pide su aliento soporoso i frio,  
Ora maldice el desamor impío  
Que doquier ve en los hombres, ora tiende  
La envidiosa mirada  
A los que suben miéntras él . . . . descende:  
I ora mire al futuro, ora al pasado,  
Ora al presente; siempre es desgraciado.  
I sufre la mujer . . . . Cual nadie sufre,  
Porque cual nadie siente.  
Ella posee un arma en la hermosura,  
Mas ¡ai! frecuentemente,  
Las mas veces ¡oh Dios! su desventura  
Dispone que ella misma, ántes que hiera,  
De su arma misma bajo el golpe muera . . . .  
¡I si es madre! Hai un sér; un sér tan solo,  
Que del materno pecho  
Comprenda el padecer. ¿Quién es? La madre.  
.....  
.....  
.....

III.

Sentia triste el corazon, mui triste.  
Bajo el imperio cruel de las pasiones,  
I un malestar misterioso, vago,  
Que a mortales remedios se resiste,  
Producia en mi pecho tal estrago,  
Que todo era a mis ojos, negro, aciago.

No veia en la flor mas que la espina,  
En la vida el dolor, la desventura,  
En el orbe el desquicio, la rüina,  
I en la amistad la pérfida impostura.  
I la risueña brisa,  
Que leve entre los árboles murmura,

Ofrecíame en vano  
Su tibio beso i su fugaz sonrisa:  
Yo preferia el irritado viento,  
Que silba i troncha i despedaza insano,  
Que infla a la onda con robusto aliento,  
Que abismos abre en el instable Océano,  
Que hace a la ola chocar contra la ola  
Con pavoroso acento,  
I luego destrozadas,  
Elevarse las dos al firmamento.

Entónces yo no amaba . . . .  
I con amarga risa,  
De todo pecho amante me burlaba,  
“¡Maldad, mentir! en mi interior decia,  
La gracia femenil no es mas que un velo  
De negra hipocresía;  
¡Ah, si creéis en el femíneo celo,  
Creed tambien en el azul del cielo!  
¡Al presentar el vaso de veneno;  
Para que el hombre incauto  
Lo beba ansioso i de temor ajeno,  
Primero endulza el borde cristalino,  
I al infeliz lo ofrece.  
Confiado el hombre bebe;  
I llama ángel de amor a su asesino,  
I lo adora i bendice su destino!”

---

I de todo dudaba; i mi existencia  
Torturaba una horrible indiferencia;  
I sin fijar mis ojos en el suelo,  
Méenos aun los dirijia al cielo.  
Del mundo huia, porque el mundo frio,  
Con estúpida risa,  
De mi mal se burlaba i de mi hastío:  
I desconfiado i lleno de amargura,  
En medio de mi loco desvarío,  
Veia en la existencia una tortura,  
En el hombre un verdugo, un enemigo,  
En la vida un cruelísimo castigo.

.....  
Solo amaba esas cándidas palomas  
De inmaculadas alas que al batirse,  
Derraman fragantísimos aromas;  
Anjeles de la tierra,  
Sonrisas del Eterno,

Que hacen a nuestros males dulce guerra,  
Flores que nunca agostará el averno:  
Niños los llama el mundo i los venera,  
¡Cuánto yo por ser niño, cuánto diera!

.....  
.....  
.....

IV.

¡Llorando te recuerdo,  
Llorando te bendigo, dulce infancia!  
Ayer no mas fuí niño:  
Hoi diviso veinte años a mi espalda.  
Te fuiste como un sueño  
Mas ¡ai! de ayer a hoy ¡cuánta distancia!  
¡Ah! si otra vez batieras  
Sobre mi frente las colombeas alas,  
Partirian las sombras  
Que han venido a hacer de ella su morada,  
I en vez de un duro sueño,  
En que jamas las inquietudes callan,  
I en que habla la conciencia,  
I en que visiones mil, burlan o espantan,  
De la inocencia el sueño  
Con su quietud vendria, con su gracia.  
¡Ah, vuelve! Del abismo  
Harto próximo ya, mi vida salva....  
¡Ai de mí! De pequeño  
A huirlo me enseñó mi madre amada;  
Le temo, quiero huirlo,  
Que es muerte para el cuerpo i para el alma,  
Mas una dulce fuerza,  
A la letal vorájine me arrastra.  
¡Es tan suave su senda  
Tan grata es de sus flores la fragancia!

---

¡Triste del ave que el perfume aspira  
De una preciosa flor que atrae i mata!  
¡Ai, de la mariposa que en sus jiros  
Se acerca mas i mas hácia la llama!  
¡Ai, del que busca el vaporoso ambiente  
Que mata a quien embriaga!  
Triste de aquel que hoy al placer se entrega,  
Sabiendo que el morir será mañana!

¡Triste de mí . . . Oh, vuelve niñez, vuelve,  
Da tu candor a mi alma!

¡Oh, no es posible, nó! que indiferente  
Al goce i al dolor el tiempo marcha.  
Queda solo el recuerdo, sí, el recuerdo  
¡Triste remedio que la herida ensancha!

.....  
Los que hallais en la copa de la vida  
Dulce néctar no mas, sin mezcla amarga,  
Pensad, al acercarla a vuestros labios  
Que jamas en la vida el dolor falta:  
I al llegar éste i al partir la dicha,  
I al dirigirle la postrer mirada,  
Si es que sabeis llorar llorad a mares,  
Mojad la pluma en vuestras mismas lágrimas  
I dejadla correr; el sufrimiento  
Os dictará las mas sentidas cántigas  
I un consuelo hallareis, un desahogo,  
El mas grande tal vez que el triste alcanza.

Noviembre de 1875.

JUAN R. SALAS E.

---

## EL PAJARO VERDE.

---

### I.

Hubo en época mui remota de esta en que vivimos, un poderoso rei, amado con extremo de sus vasallos, i poseedor de un fertilísimo, dilatado i populoso reino, allá en las rejiones de Oriente. Tenia este rei inmensos tesoros i daba fiestas espléndidas. Asistian en su corte las mas jentiles damas i los mas discretos i valientes caballeros que entónces habia en el mundo. Su ejército era numeroso i aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques i jardines, donde solia cazar i holgarse, eran maravillosos por su grandeza i frondosidad, i por la copia de alimañas i de aves que en ellos se alimentaban i vivian.

Pero ¿qué diremos de sus palacios i de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede a toda ponderacion? Allí muebles riquísimos, tronos de oro i de plata, i vajillas de porcelana, que era entónces ménos comun que ahora; allí enanos, gigantes, bufones i otros mónstruos para solaz i entretenimiento de S. M.; allí cocineros i reposteros profundos i eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, i allí no ménos profundos i eminentes filósofos, poetas i jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto a su espíritu, que concurrían a su consejo privado, que decidían las cuestiones mas árduas de derecho, que aguzaban i ejercitaban el ingenio con charadas i logogrifos, i que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este rei le llamaban con razon *el Venturoso*. Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida habia sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora reina, persona mui cabal i hermosa, a quien S. M. habia querido con todo su corazon. Imagínate, lector, lo que la lloraria, i mas habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que le tenia, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel pais que ya llevaba el rei siete años de matrimonio sin lograr sucesion, aunque vehemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en pais vecino. El rei partió con sus tropas; pero ántes se despidió de la señora reina con mucho afecto. Esta, dandole un abrazo, le dijo al oido:

—No se lo digas a nadie para que no se rian si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoi en cinta.

La alegría del rei con esta nueva no tuvo límites, i como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano a tres o cuatro reyes que le habian hecho no sabemos que mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos i volvió cargado de botin i de gloria a la hermosa capital de su monarquía.

Habian pasado en esto algunos meses; así es que al atravesar el rei con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones i el aplauso de la multitud i el repiqueteo de las campanas, la reina estaba pariendo, i parió con felicidad i facilidad, a pesar del ruido i la agitacion i aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendria S. M. cuando, al entrar en la real cámara, el comadron mayor del reino le presentó a una hermosa princesa que acababa de nacer! El rei dió un beso a su hija i se dirigió lleno de júbilo, de amor i de satisfaccion, al cuarto de la señora reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca i tan bonita, como una rosa de mayo.

—¡Esposa mia! exclamó el rei, i la estrechó entre sus brazos. Pero el rei era tan robusto i era tan viva la efusion de su ternura, que sin mas ni ménos ahogó sin querer a la reina. Entónces fueron los gritos, la desesperacion i el llamarse a sí propio

animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aun vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, habia volado el alma envuelta en un suspiro de amor, i orgullosa de haber sabido inspirar cariño bastante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta reina!

El rei probó el mucho cariño que le tenia, no solo en vida de ella, sino despues de su muerte. Hizo voto de viudez i de castidad perpétuas, i supo cumplirle. Mandó componer a los poetas una corona fúnebre, que aun dicen que se tiene en aquel reino como la mas preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó a la reina solo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, segun dice el refran, no hai mal que dure cien años, el rei, al cabo de un par de ellos, sacudió la melancolía, i se creyó tan venturoso o mas venturoso que ántes. La reina se le aparecia en sueños i le decia que estaba gozando de Dios, i la princesita crecia i se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento i buen trato, la admiracion de cuantos la miraban i el asombro de cuantos la oian. El rei la hizo jurar heredera del trono, i trató luego de casarla.

Mas de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron a la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas cortes, invitando a todos los príncipes a que viniesen a pretender la mano de la princesa, la cual habia de escojer entre ellos al que mas le gustase.

La fama de su portentosa hermosura habia recorrido ya el mundo todo; de suerte que apénas fueron llegando los correos a las diferentes cortes, no habia príncipe, por ruin i para poco que fuese, que no se decidiera a ir a la capital del *rei Venturoso*, a competir en justas, torneos i ejercicios de ingenio por la mano de la princesa. Cada cual pedia al rei, su padre, armas, caballos, su bendicion i algun dinero, con lo cual, al frente de una brillante comitiva, se penia en camino.

Era de ver cómo iban llegando a la corte de la princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que habia entónces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los enigmas que los príncipes se proponian para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribian; las serenatas que daban; los combates del arco, del pujilato i de la lucha, i las carreras de carros i de caballos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros i ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que a pesar de su modestia i discrecion, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza i desamorada, abrumaba a los príncipes con su desden, i de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le

parecian frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos, i vanidad o codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apénas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oír sus serenatas, ni ronreír agradecida a sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le habia traído de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del rejoy alcazar.

La indiferencia de la princesa era glacial para todos los pretendientes. Solo uno, el hijo del Kan de Tartaria, habia logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblicuos, las mejillas i la barba salientes, crespo i enmarañado el pelo, rechoncho i pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, i el jenio intranquilo, mofador i orgulloso. Ni las personas mas inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el ministro de negocios extranjeros del *rei Venturoso*, cuya gravedad, entono i cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el *sanscrito*, lengua diplomática de entónces, se prestaban algo al escarnio i a los chistes.

Así andaban las cosas, i las fiestas de la corte aun mas brillantes cada dia. Los príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *rei Venturoso* rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse, i ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del príncipe tártaro, de quien sus pullas i declarado aborrecimiento vengaban con usura al famoso ministro de su padre.

## II.

Aconteció, pues, que la princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos i suavísimos cabellos. Las puertas de un balcon, que daba al jardín, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco i con él el aroma de las flores.

Parecía la princesa melancólica i pensativa, i no dirijía ni una palabra a su sierva.

Esta tenía ya entre sus manos el cordon con que se disponía a enlazar la áurea crencha de su ama, cuando a deshora entró por el balcon un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían de esmeralda, i cuya gracia en el vuelo dejó absorta a la señora i a su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre esta última, le arrebató de las manos el cordon, i volvió a salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo que la princesa apénas tuvo tiempo de ver al pájaro, pero su atrevimiento i su hermosura le causaron la mas extraña impresion.

Pocos dias despues, la princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los príncipes.

Estaban todos en los jardines i la miraban embelesados. De pronto sintió la princesa que se le desataba una liga, i suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo a un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenia ya S. A. la bien torneada pierna, habia estirado ya la blanca media de seda, i se preparaba a sujetarla con la liga que tenia en la mano, cuando oyó un ruido de alas, i vió venir hácia ella al pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico i desapareció al punto. La princesa dió un grito i cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes i su padre. Ella volvió en sí, i lo primero que dijo fué:

—Que me busquen al pájaro verde . . . . que me lo traigan vivo . . . . que no le maten . . . . yo quiero poseer vivo al pájaro verde!

Mas en balde le buscaron los príncipes. En balde, a pesar de lo mandado por la princesa de que no se pensase en matar al pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, jerifaltes i hasta águilas caudales, domesticadas i adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba a la princesa i acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los príncipes era que no valian para nada.

Apénas vino el dia, se alzó del lecho, i en ligeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, mas hermosa e interesante en aquel *deshabillé*, pálida i ojerosa, se dirigió con su doncella favorita a lo mas frondoso del bosque que estaba a la espalda del palacio i donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso a llorar i a lamentar su suerte.

—¿De qué me sirven, decia, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo a tí, madre mia; i de qué todos mis primores i joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, i como para consolarse algo, desenlazó el cordon de su vestido i sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso a besar. Mas apénas empezó a besarle, cuando acudió mas rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la princesa, i arrebató el guardapelo, que durante tantos años habia reposado contra su corazon, i en tan oculto i deseado lugar habia permanecido. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo i perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la princesa; ántes bien se paró mui colorada, i dijo a la doncella:

—Mírame, mírame los labios; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró i no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro habia puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió a parecer en adelante, i la princesa

fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumia, i casi no hablaba sino para decir:—Que no le maten. . . . que me le traigan vivo. . . . yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar a la princesa era traerle vivo el pájaro verde. Mas ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los mas hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes a quien le trajera.

El *rei Venturoso* reunió un gran congreso de sabios a fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignacion, quién era i dónde vivia el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba a su hija.

Cuarenta dias i cuarenta noches estuvieron los sabios reunidos, sin cesar de meditar i disertar sino para dormir un poco i alimentarse. Pronunciaron mui doctos i elocuentes discursos, pero nada averiguaron.

—Señor, dijeron al cabo todos ellos al rei, postrándose humildemente a sus piés e hiriendo el polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, i solo nos atrevemos a sospechar si será acaso el ave fénix de la Arabia.

—Levantaos, contestó el rei con notable magnanimidad, yo os perdono i os agradezco la indicacion sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la reina de Sabá, i con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el pais sabeo, i de allí habeis de traérmele, si no quereis que mi cólera réjia os castigue, aunque trateis de evitarla escondiéndooos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los mas versados en lingüística, i entre ellos el ministro de negocios extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el príncipe tártaro.

Este príncipe envió tambien cartas a su padre, que era el mas famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La princesa, en el ínterin, seguia mui mal de salud i lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas mas de cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto mui afanadas, i como entónces ni la persona mas poderosa tenia tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacian mas que ir a lavar al rio.

### III.

Una de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresion a la moda, una *pollita mui simpática*, volvía un dia, al

anocheecer, de lavar en el rio los lacrimosos pañuelos de la princesa.

En medio del camino, i mui distante aun de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada i se sentó al pié de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja, i ya iba a mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos i empezó a rodar por aquella cuesta abajo con singular lijereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja; pero miéntras mas corria, mas la naranja se adelantaba, sin que jamas se parase i sin que ella llegase a alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada de correr, i sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía a veces i pensaba en desistir de su empeño; pero la naranja al punto se detenía tambien, como si ya hubiese cesado en su movimiento i convidase a su dueño a que de nuevo la cojiese. Llegaba ella a tocarla con la mano, i la naranja se le deslizaba otra vez i continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecucion, cuando notó al fin que se habia alejado muchísimo de la ciudad, que se hallaba en un bosque intrincado, i que la noche se le venia encima, oscura como boca de lobo. Entónces tuvo miedo, i rompió en desconsoladísimo llanto. La oscuridad creció rápidamente, i ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atras.

Iba, pues, vagando a la ventura, afligidísima i muerta de hambre i de cansancio, cuando columbró no mui léjos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias a Dios, i enderezó sus pasos hácia aquellas luces. Pero ¡cuán grande no seria su sorpresa al encontrarse, a poco trecho i sin salir del intrincado bosque, a las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecia una ascua de oro por lo que brillaba, i en cuya comparacion pasaria por una pobre choza el espléndido alcázar del *rei Venturoso!*

No habia guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, i la chica, que no era corta, i que ademas sentia el estímulo de la curiosidad i el deseo de albergarse i de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha i lujosa escalera de bruñido jaspe, i empezó a discurrir por los mas ricos i elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver a nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundia suavísima fragancia. Los primorosos objetos, que en los salones habia, eran para espantar por su riqueza i exquisito gusto, no ya a la lavanderilla que poco de esto habia disfrutado, sino a la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, i hubiera dado patentes i medallas a los inventores i fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró a su sabor, i admirándolos se fué

poco a poco hacía un sitio de donde salía un rico olorcillo de viandas muy suculento i delicioso. De esta suerte llegó a la cocina; pero ni jefes, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella; todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardian, no obstante, el fogon, el horno i las hornillas, i en ellos estaba al fuego infinito número de peroles, cacerolas i otras vajijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola i vió en ella unas anguilas; levantó otra i vió una cabeza de jabalí desosada i rellena de pechugas de faisanes i de trufas; en resolucion, vió los manjares mas exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores i papas; i hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales i réjios serian tan groseros, como al lado de éstos un potaje de judías o un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía i oía, se armó de un cuchillo i de un trinchante, i se lanzó con resolucion sobre la cabeza de jabalí. Mas apénas hubo llegado a ella, recibió en sus manos un golpe, dado, al parecer, por otra poderosa e invisible, i oyó una voz que le decía, tan de cerca, que sintió la agitacion del aire i el aliento caliente i vivo de las palabras:

—¡Tate . . . . que es para mi señor el príncipe!

Se dirigió entónces a unas truchas salmonadas, creyéndolas manjar ménos principesco i que le dejarían comer; pero la mano invisible vino de nuevo a castigar su atrevimiento, i la voz misteriosa a repetirle:

—¡Tate . . . . que es para mi señor el príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto i quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio; así tuvo con harta pena que resignarse a ayunar, i se salió despechada de la cocina.

Volvió luego a recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad i donde el mas profundo silencio parecía tener su morada, i llegó a una alcoba lindísima, en la cual solo dos o tres luces, encerradas i amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa i voluptuosa, que estaba convidando al reposo i al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda i mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir a la tentacion de tenderse en ella i descansar. Iba a poner en ejecucion su propósito, i ya se había sentado i se disponía a tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de a ochavo la punzasen, i oyó de nuevo una voz que decía:

—¡Tate . . . . que es para mi señor el príncipe!

No hai que decir que la lavanderilla se asustó i aflijó con esto, resignándose a no dormir, como a no comer se había ya resignado; i para distraer el hambre i el sueño se puso a registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras i los tapices.

Detras de uno de éstos descubrió nuestra heroína una primorosa puertecilla secreta de sándalo, con embutidos de nácar. La empujó suavemente, i cediendo la puerta, se encontró en una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse a uno como invernáculo, donde crecían las plantas i las flores mas aromáticas i extrañas, i en cuyo centro habia una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio i diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan jigantesco como el que hai ahora en la *Puerta del Sol*, pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural i ordinaria, i la de éste era agua de olor, i tenia, ademas, en sí misma todos los colores del iris i luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable. Hasta el murmullo que hacia esta agua al caer tenia algo de mas musical i acordado que el que producen otras, i se diria que aquel surtidor cantaba alguna de las mas enamoradas canciones de Mozart o de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas i gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito i vió abrirse una ventana de cristales.

La lavandera se escondió precipitadamente detras de una masa de verdura, a fin de no ser vista i poder ver a las personas o séres que sin duda se acercaban.

Estos eran tres pájaros rarísimos i lindísimos, uno de ellos todo verde i brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, segun todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *princesa venturosa*. Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecian de mérito singular. Los tres venian con mui ligero vuelo, i los tres se abatieron sobre la taza de topacio i se zambulleron en ella.

A poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salian tres mancebos tan lindos, bien formados i blancos, que parecian estátuas peregrinas hechas por mano maestra con mármol teñido de rosas. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que jamas habia visto hombres desnudos, i que de ver a su padre, a sus hermanos i a otros amigos, vestidos i mal vestidos, no podia deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba a tres jenios inmortales o a tres ánjeles del cielo. Así es que sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos i nada pecaminosos. Pero los tres salieron al punto del agua, i pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el mas hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas i era acatado de los otros, como señor soberano. Si desnudo le pareció a la lavanderilla un ánjel o un jenio por la hermosura, ya vestido la deslumbró con

su majestad, i le pareció el emperador del mundo i el príncipe mas adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirijieron en seguida al comedor i se sentaron en una espléndida mesa, donde habia tres cubiertos preparados. Una música sumisa e invisible les hizo salva al llegar i les regaló los oídos miéntras comian. Criados, invisibles tambien, iban trayendo los platos i sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veia i notaba la lavanderilla, que sin ser vista ni oída, habia seguido a aquellos señores, i estaba escondida en el comedor detras de un cortinaje,

Desde allí pudo oír algo de la conversacion, i comprender que el mas hermoso de los mancebos era el príncipe heredero del grande imperio de la China, i los otros dos, el uno su secretario i el otro su escudero mas querido; los cuales estaban encantados i trasformados en pájaros durante todo el dia, i solo por la noche recobraban su sér natural, prévio el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera, que el príncipe de las esmeraldas apénas comia, aunque sus familiares le rogaban que comiese, i que se mostraba melancólico i arrobado, exhalando a veces de lo mas hondo del hermosísimo pecho un ardiente suspiro.

#### IV.

Refieren las crónicas que vamos estractando que, terminado ya aquel opíparo i poco alegre festin, el príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de un sueño, alzó la voz i dijo:

— Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa i volvió de allí a poco con la cajita mas preciosa que han visto ojos mortales. Aquella en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparacion de ésta, mas chapucera i pobre que una caja de turrón de Jijona.

El príncipe tomó la cajita con sus manos, la abrió i estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que habia en el fondo de ella. Metió luego la mano en la cajita i sacó un cordon. Le besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura, i prorrumpió en estas palabras:

¡Ai cordoncillo de mi señora!  
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordon en la cajita, i sacó de ella una liga bordada i mui limpia. La besó, la acarició tambien i exclamó al besarla:

¡Ai linda liga de mi señora!  
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, i si mucho habia

besado cordon i liga, mas le besó i mas le acarició aun, diciendo con un acento tristísimo, que partia los corazones i hasta las peñas:

¡Ai guardapelo de mi señora!  
¡Quién la viera ahora!

A poco el príncipe i los dos familiares se retiraron a sus alcobas, i ya la lavanderilla no se atrevió a seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó a la mesa, donde aun estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas i los jenerosos i chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz misteriosa i de la mano invisible la detenian, i la obligaban a contentarse con mirar i oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto a los manjares, que vino a ponerse entre la mesa i la silla del príncipe. Entónces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caian sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate i come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del príncipe; i, ya autorizada por la voz, se puso a comer con un apetito extraordinario, que la novedad i lo exquisito de la comida hacian mayor aun, i comiendo, se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era mui de dia. Abrió los ojos, i se encontró en medio del campo, tendida al pié del árbol donde habia querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que habia traído del rio, i hasta la naranja corredora estaba allí tambien.

—¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para sí la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales i no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, i luego se detenia en cualquiera hoyo o tropiezo, o cuando el impulso con que se movia dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacia lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenia nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entónces la muchacha, partió la naranja i halló que por dentro era como las demas. Se la comió, i le supo a lo mismo que cuantas naranjas habia comido ántes.

Ya apénas dudó de que habia soñado.

—Ningun objeto tengo, añadió, con que convencerme a mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré a ver a la princesa i se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.

JUAN VALERA.

(Concluirá.)

## ¡AH! SÍ, TAMBIEN....

---

¡Ah! sí; tambien te embriagas dulcemente  
Con el silencio de la noche en calma;  
Como yo, tú a la luna misteriosa  
Dirijes la mirada.

Del festin de los goces te apartaste  
Para vivir conmigo solitaria,  
Feliz con el amor que te ofrecia,  
Puro incienso de mi alma.

Modesta, como flor que entre la yerba  
Su tierno cáliz pudorosa guarda,  
Ignoras la ambicion; para mí solo  
Tus perfumes exhalas.

No conoces la fiebre de la vida,  
Lo bello solo con el bien te encanta....  
Ven; goza aquí a mi lado la hermosura  
De la noche estrellada.

Naturaleza a tu alma candorosa  
Brinda la paz, i hasta su ruido acalla,  
Para que escuches el suspiro ardiente  
Con que mi amor te llama.

1872.

ENRIQUE DEL SOLAR.

---

# REVISTA BIBLIOGRAFICA.

OCTUBRE.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

*Novena en honor del Arcánjel San Miguel*, por don Alejandro Larrain.—1 vol. de 18 pájs.—Imprenta de *El Estandarte Católico*.

*Catálogo oficial de la Exposicion Internacional de Chile en 1875*.—Seccion 4.ª Bellas artes e ingeniería.—1 vol. de 92 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

*Método Zaba*, para el estudio de la historia universal, en mapas cronolójicos, clave i tablero de ejercicios.—1 vol. en 8.º de 40 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

*El Campeon*, máquinas para segar trigo.—1 vol. en 4.º de 12 pájs.—Imprenta de Schrebler.

*Boletín eclesiástico del arzobispado de Santiago*. El 5.º tomo que comprende desde el año 1863 hasta el de 1874 inclusive.—1 vol. de 1,308 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Solemne distribucion de premios en el colejio de los Sagrados Corazones el 29 de octubre de 1875*.—1 vol. en 8.º de 18 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Ordo divini officii recitandi, etc.*—1 vol. en 8.º de 51 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Reglamento de la vida de la sierva de María* o prácticas de piedad para honrar en este dia a la Santísima Vírjen.—1 vol. en 18.º de 160 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Compendio de la regla i oríjen de la órãen tercera capuchina de San Francisco de Asis*. Traducida al castellano por el R. Fr. Damian de Viareggio.—1 vol. en 12.º de 32 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Manual del hacendado chileno*. Instrucciones, etc., por Manuel José Balmaceda.—1 vol. en 8.º de 132 pájs.—Imprenta *Franklin*.

*Fleur de The*, ópera bufa en 3 actos, letra de Alfredo Duru, de Henri Chirot.—1 vol. en 8.º de 9 pájs.—Imprenta Schrebler.

*Reglamento de la caja de ahorros de la 1.ª compañía de hacheros de Santiago*.—1 vol. en 8.º de 6 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Novena del Corazon de Jesus*.—1 vol. en 8.º de 19 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Sacramento confirmationis*. Instructio pro simplici sacerdote sacramentum confirmationis.—1 vol. en 8.º de 16 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Memoria* presentada a la junta de beneficencia por el médico de ciudad, sobre el hospital de Rengo. 1 vol. en 4.º de 13 pájs.—Imprenta de *El Correo*.

*Establecimientos fiscales de minas i fundiciones de Alemania en el Harxz Alto*. Traducción del alemán por G. Galler.—1 vol. en 4.º de 34 pájs.—Imprenta de la Librería del *Mercurio*.

*El mulato Plácido o el poeta mártir*, novela orijinal por J. Lemoine.—Las entregas 13 a 16.—1 vol. en 4.º, desde la páj. 145 hasta la 192.—Imprenta de la Librería del *Mercurio*.

*Lista de los mayores contribuyentes de San Fernando*. Hoja suelta.

*Lista de los mayores contribuyentes de San Carlos*. Hoja suelta.

*Zoología. Coleóptero Caralus*. Opúsculo en 8.º de 8 pájs., sin autor, imprenta, ni año.

VALPARAISO.

*Telégrafo trasandino*. Quinta memoria del Directorio.—1 vol. en 4.º de 12 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

*Obras maestras de literatura moderna*.—Entregas 4.ª, 5.ª i 6.ª, en 4.º—Imprenta de *El Mercurio*.

*Almanaque popular para el año de 1876*, revisado por la autoridad eclesiástica de Valparaiso.—1 vol. de 32 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

*Guia del visitante de la Exposicion de Santiago*, con un plano litografiado.—1 vol. en 8.º de 80 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

*Exposicion Internacional de Chile*. Artículos de cristal i porcelana de la compañía de cristalería de Baccarat, presentado por A. Maldini i Ca.—1 vol. en 4.º de 30 pájs.—Imprenta del *Universo*.

*Nueva edicion del Código de Minería*, concordado con la antigua ordenanza, la legislación francesa, belga i el Código Civil chileno, por J. Joaquin Larrain Z.—1 vol. en 4.º de 142 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

*Almanaque pintoresco de Valparaiso para 1876*, publicado por Carlos 2.º Lathrop.—1 vol. en 4.º de 48 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

*El Fisco i los derechos sobre el azúcar*. Refutacion por Julio Bernstein.—1 vol. en 4.º de 27 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

CHILLAN.

*Division del departamento de Chillan*. Datos, etc.—1 vol. de 8 pájs. en 4.º—Imprenta de *El Telégrafo*.

TALCA.

*Nuevo partido político en Chile*, Folleto de actualidad.—1 vol. de 46 pájs.—Imprenta de *La Opinion*.

---

## EL CONSTRUCTOR DE ATAUTES.

---

El constructor de atautes Adriano Prokoroff acababa de colocar sus últimos muebles en un coche fúnebre que habia convertido en carro de mudanzas, i dos caballos negros i flacos los trasladaron, haciendo el cuarto viaje, de Basmauna a Niketzki, a donde iba a vivir con su familia.

Despues de cerrar la tienda, pegó un papel en la puerta anunciando que la casa se vendia o alquilaba, i se encamino a pié hácia su nueva morada.

Al acercarse a la casa amarilla que, desde mucho tiempo era

objeto de sus deseos, i que al fin habia podido comprar por una cantidad considerable, el antiguo constructor de ataudes se asombró mucho de no sentir tan alegre su corazon como otras veces.

Al poner el pié en aquel suelo desconocido i ver su nueva morada en el mas completo desórden, echó de ménos su antigua casa, en la que, por espacio de dieziocho años, todo habia estado cuidadosamente arreglado, i empezó a reñir a sus dos hijas i a su operario por su lentitud; al mismo tiempo, mas bien por avergonzarles que por trabajar, se puso él tambien a la faena.

Pronto quedó todo arreglado; el armario en que se guardaban las imájenes de los santos, el bufete, la mesa, el divan i la cama ocuparon los sitios que tenian designados de antemano en una habitacion interior. En la cocina i en la sala colocaron los productos de su industria, es decir, ataudes de diferentes clases i pintados de distintos colores. Colocáronse en los armarios las capas de duelo, los sombreros fúnebres i las arañas de Rusia. En fin, el nuevo establecimiento se hizo público por una muestra que representaba a Cupido con una antorcha invertida, i con la siguiente inscripcion:

“Se construyen ataudes sencillos o pintados, con tela o sin ella; se alquilan i componen los usados.”

Arreglado todo, se retiraron a su habitacion las dos hijas de Adriano. Este, despues de pasar revista a todos los objetos, se sentó junto a la ventana i encendió la pipa.

No ignora el lector que Shakespeare i Walter Scott representan a los sepultureros i constructores de ataudes, dos profesiones que se dan la mano, como personajes alegres i decidores; con esto obtienen la ventaja de que el contraste impresiona a nuestra imaginacion.

Nuestro respeto a la verdad nos impide desgraciadamente seguir este ejemplo, i debemos confesar que el carácter de nuestro héroe estaba en perfecta armonía con su oficio. Adriano era triste i pensativo, pues no desplegaba los labios mas que para reñir a sus hijas, cuando las veia ociosas o para decir el precio de sus mercancías a los que tenian la desgracia, i algunas veces la fortuna, de necesitarlas.

Adriano Prokoroff estaba sentado junto a la ventana i bebia con su habitual tristeza la séptima taza de té, pensando en la gran lluvia de la semana anterior que habia caido sobre el coche en que llevaba a un anciano brigadier a su último cuartel. Aquella lluvia habia producido muchos perjuicios. Le habian estropeado bastantes capas, i bastantes sombreros habian perdido la forma a consecuencia del agua: en vista de aquellos desperfectos preveia gastos de absoluta necesidad, gastos tanto mas necesarios cuanto que se agotaban las existencias, i era indispensable renovar completamente el almacen.

Adriano esperaba indemnizarse de todas sus pérdidas con la comercianta Trukina, que hacia un año estaban diciendo que se

moria. Pero Trukina no se acababa de morir, i como Trukina vivia en Bargoulay, es decir, cerca de la casa que acababa de dejar Adriano, éste temia con justa razon que los herederos, que se habian comprometido a proveerse en su almacén, le faltasen a la palabra ahora que habia dejado el barrio i acudieran a su sucesor.

Todo esto era mui triste, como se ve, i como Adriano no era alegre, esta aglomeracion de circunstancias nefastas habian cambiado en lúgubre su humor melancólico.

Aquellas reflexiones que habian oscurecido su rostro fueron interrumpidas por tres golpes dados en la puerta al modo masónico.

—¿Quién es? preguntó el constructor de ataúdes.

Por toda respuesta se abrió la puerta, i un hombre, que Adriano conoció en seguida por un obrero aleman, entró en la habitacion i se acercó alegremente al dueño de casa.

—Perdonad, querido vecino, el dijo al recién llegado con pronunciacion rusa de las mas grotescas. Perdonad si os molesto; pero he deseado conoceros en seguida.

Aunque Adriano no le miraba con demasiada benevolencia, el vecino continuó:

—Soi zapatero i me llamo Gottlieb Schultz, vivo en la casa de en frente i mañana celebro el vejésimo quinto aniversario de mi matrimonio, i os invito a vos i a vuestras dos hijas a que vengais a comer conmigo.

El rostro de Adriano se despejó algo recibiendo bien la invitacion i rogó al zapatero que se sentara, preguntándole si queria una taza de té.

El zapatero aceptó.

El carácter de Schultz era tan benévolo i franco, que a los pocos momentos de conversacion los dos vecinos se trataban tan familiarmente como si fuesen antiguos amigos.

—¿Cómo va el comercio de zapatos? le preguntó Adriano.

—Medianamente, respondió Schultz; no puedo quejarme, aunque mi oficio no es tan ventajoso como el vuestro, porque un vivo puede pasar sin zapatos i un muerto no puede pasar sin ataúd.

—Es verdad, respondió Adriano; sin embargo, si el vivo no compra zapatos, va descalzo; pero esto solo indica que dejais de ganar, miéntras que yo, si el muerto es pobre, tengo que darle ataúd gratis, que significa pérdida.

Schultz movió afirmativamente la cabeza.

La conversacion duró cerca de una hora; pero como nada contenia interesante para el lector, nos dispensará que solo le hagamos conocer lo dicho.

Al fin se levantó el zapatero i se despidió del constructor de ataúdes, rogándole de nuevo que no olvidase su invitacion para el dia siguiente.

Al dia siguiente, cuando sonaba la última campanada de las

doce, estaban dispuestos Prokoroff i sus hijas. No describiré el caftan de Adriano, ni los caprichosos trajes de Acoulina i de Daria, separándome en esto de la costumbre de los novelistas modernos. Sin embargo, no creo inútil decir al lector que aquellas dos jóvenes se cubrieron con sombreros amarillos i se calzaron con botines rojos, adornos que habitualmente constituia la base de sus trajes del domingo.

Cuando el padre i las dos hijas llegaron a casa del zapatero la encontraron llena de convidados, de los que la mayor parte eran obreros alemanes con sus mujeres i aprendices. Respecto a empleados del gobierno habia un boutschnik (1) llamado Yourko, que, a pesar de su modesto empleo, habia sabido captarse la benevolencia del dueño i la dueña de la casa. Hacia veinticinco años que servia fielmente como postillon de Pojoulsky. (2)

El incendio de 1812, destruyendo la capital, no perdonó la garita amarilla de Yourko; pero en cuanto salieron los franceses de Moscou, le canstruyeron otra de color gris con columnas blancas, i Yourko, cubierto de nuevo con su saco de buriel i empuñando su vieja alabarda, que habia salvado, empezó a pasear delante de su nueva garita al mismo paso que lo hacia delante de la antigua.

Yourko conocia a todos los alemanes que vivian cerca de las puertas del Niketzky. Algunos de éstos, a título de hospitalidad, pasaban muchas veces la noche del domingo al lúnes en su establecimiento.

Adriano trabó al instante conversacion con el boutschnik, comprendiendo que podia serle útil en alguna ocasion, i cuando se sentaron a la mesa se colocó a su lado.

Los esposos Schultz i su hija Lotken (3), joven de dieziseite años, ayudaron a la cocinera a servir la comida, en la que desempeñaba el papel principal la cerveza.

Yourko comia como cuatro i bebia sin taza. Adriano no le cedia en nada, pero todo lo hacia con su habitual tristeza; sus dos hijas obraban con suma delicadeza, haciendo ceremonias a cada plato que las presentaban i a cada vaso de cerveza que las ofrecian.

De pronto rogó el dueño de la casa a los convidados que guardaran silencio para que nada se perdiera del efecto; hizo saltar el tapon de una botella de champaña, i la detonacion fué saludada con hurras tanto mas jenerales cuanto ménos esperada era.

Debemos decir, para que no se estrañe la prodigalidad del in-

(1) Empleado de policia, que se estaciona en el extremo de las calles en una garita. Su principal mision es recojer los borrachos, los vagabundos i los que se duermen en las calles por la noche. Al dia siguiente lleva a la policia a estos individuos, que les condena, en castigo de su incontinencia i segun la gravedad del delito, a barrer las calles donde han sido encontrados, durante uno, dos o tres dias.

(2) A pesar de las investigaciones que hemos hecho, ignoramos qué es postillon de Pojoulsky, i, con sentimiento, nos vemos obligados a dejar al lector en la misma ignorancia.

(3) Diminutivo de Lucrecia.

dustrial alemán, que el champaña que ofrecía no era procedente de las orillas del Marne ni de las de la Saona, sino de las riberas del Dom, lo que le daba en San Petersburgo un valor relativo al que tiene en Paris el vino de Limoux o el de Seran.

Esta circunstancia no impidió al zapatero brindar a la salud de su querida Lisa, brindis que todos repitieron con entusiasmo.

Sin duda agradó mucho al buen alemán la amabilidad de los convidados, porque destapando otra botella de champaña llenó de nuevo los vasos, exclamando:

—¡A la salud de mis queridos huéspedes!

Los convidados le dieron las gracias vaciando los vasos.

Después de la salud jeneral se pasó a la salud particular. Bebióse a la de cada convidado, a la de Moscou, a la de una docena de pueblos de Alemania; en seguida pasaron a la salud de los caseríos i aldeas, i para no olvidar a nadie bebieron a la salud de los obreros.

Adriano bebía con entusiasmo, llegando a ponerse tan alegre que sus hijas casi no le conocían.

De pronto un grueso panadero levantó el vaso i bebió a la salud de sus compañeros de trabajo. El brándis se recibió con entusiasmo, i todos los convidados se saludaron, porque cada uno tenía parte en él. El sastre saludó al zapatero, el zapatero saludó al sastre, el panadero saludó al sastre i al zapatero, todos los demás saludaron al panadero, i así sucesivamente.

Solamente Adriano, en medio de aquella fraternidad universal, a pesar de su alegría, no apuraba el vaso a la salud de nadie, lo cual no quería decir que perdiera ocasiones de apurarle.

Su vecino Yourko observó aquel mutismo.

—¿Por qué no bebeis a la salud de alguién, señor Adriano? Puesto que todo el mundo bebe a la salud de sus parroquianos, bebed a la de los vuestros.

Esto sujirió una idea que le hizo reír, de la manera que él podía hacerlo, i levantándose sobre sus vacilantes piernas, dijo con voz bastante inteligible aun:

—Tienes razón, vecino Yourko. ¡A la salud de mis muertos, i que les aproveche!

Pero nadie respondió a aquel brándis, que sin duda consideraron algo sacrílego, i el constructor de ataúdes se sentó en medio de un silencio glacial.

Los convidados continuaron bebiendo, aunque el intempestivo brándis de Adriano había interrumpido la série, sin lo cual no hubiese terminado hasta caer todos debajo de la mesa.

A hora bastante avanzada de la noche se separaron los convidados del zapatero, la mayor parte ébrios i los demás achispados.

El grueso panadero i su vecino de mesa, cuyo rostro estaba encarnado como un ababol, llevaron a Yourko, que no andaba sino porque le sostenían éstos, dejándole en la garita, con la que

ellos habian hecho conocimiento en otras ocaciones, diciéndose uno a otro el proverbio ruso:

“Favor a cuenta de otro.”

Talvez hubiesen sido mas exactos diciendo: “Favor por favor;” pero en el estado en que se encontraban, no se repara en pequeneces, i se alejaron riendo, prueba evidente de que estaban contentos de la cita, por incorrecta que fuese para ellos.

Por su parte, el constructor de ataudes volvió a su casa; pero no estaba ébrio solamente, sino furioso. Con la obstinacion de los borrachos, que ven una ofensa en donde no existe la mayor parte de las veces, i que la hacen mas amarga a fuerza de darla vueltas en la cabeza, no cesaba de pensar en la impolítica de los convidados, que no habian recibido su brándis con el mismo favor que los anteriores.

—¿Qué significa esto? murmuraba entre dientes, ¿por qué no han contestado a mi brándis esas jentes? ¿Es ménos honroso mi oficio que el de ellos? ¿Es hermano del verdugo un constructor de ataudes? ¡Rehusar beber por mis muertos! ¡Pues me parece que los muertos valen tanto como los vivos, i sobre éstos tienen la ventaja de que la muerte les ha curado de todos sus defectos! Los muertos dejan tranquilos a los vivos, miéntras que los vivos suelen atormentar a los muertos hasta en sus tumbas. ¡Mueran los vivos, vivan los muertos!

Dando traspieses entró en su casa, subió a su cuarto, i embebido en la misma idea i sin reparar en la criada que le ayudaba a desnudar:

—Pensaba convidarles a cenar para devolverles su atencion; pero habiéndome tratado así, estoi dispensado de ser atento con ellos. Que se queden con sus parroquianos; yo me quedaré con los míos. A mis parroquianos i no a los suyos convidaré a cenar. Mis muertos serán mis convidados; con ellos beberé, i si no contestan a mis brándis, al ménos sabré por qué callan.

I riendo en seguida como reiria un esqueleto:

—¡Está dicho, convidado a comer a mis muertos!

—Pero, señor, ¿qué estais diciendo? exclamó la criada.

—O a cenar si lo prefieren, añadió Adriano.

—Pero, me haceis temblar, señor. ¿Convidais a los muertos a cenar?

—Sí, porque será mejor a cenar; cenaremos a su hora, a media noche. Que vengan a cenar conmigo mañana a media noche; les espero.

—¡Callad, señor! ¡Cenar con los muertos a media noche! ¿Es posible tener vino tan triste? ¡Dios mio!

I como estaba casi desnudo, la criada le empujó hácia la cama, i salió de la habitacion haciendo la señal de la cruz.

Aun no habia cerrado la puerta, cuando su amo roncaba ya como un huracan.

Despertaron mui temprano a Adriano. Durante la noche habia

muerto la comercianta Trukina, i su primer dependiente, por órden de los herederos, fieles al compromiso contraído con el constructor de ataudes, venian a decirle que le necesitaban.

Adriano dió al dependiente diez copecks por la buena noticia, se vistió apresuradamente, tomó un isvochsnitz i se hizo llevar al Bargoulay, casa de la difunta.

Esta, amarilla como la cera, estaba tendida sobre una mesa. La habitacion estaba llena de parientes, amigos, personas de la casa i conocidos.

Las ventanas estaban abiertas, encendidas las bujías, i los sacerdotes cantaban las oraciones de los muertos.

Adriano se acercó al sobrino de la señora Trukina, su pariente mas próximo, jóven comerciante vestido a la última moda, i le prometió que el ataud de su señora tia no dejaria nada que desear i se le remitiria al instante con los blandones i otros objetos necesarios para el entierro.

El heredero de la señora Trukina (la herencia era buena) el heredero de la señora Trukina le dijo que hiciese las cosas en conciencia, que no regatearia con él i se entregaria completamente a su buena fé.

Adriano le dió las gracias, prometiéndole tratarle como amigo; en seguida miró al dependiente, guiñándole el ojo, para indicarle que no le olvidaria, i despues salió para dar las órdenes necesarias i prepararlo todo.

Conforme habia prometido Adriano, todo estuvo dispuesto aquella noche.

A las once salió de casa de la señora Trukina, a la que acababa de hacer enterrar, i volvió a pié a su nueva habitacion.

Aunque el camino era largo i oscura la noche, le recorrió sin accidente alguno.

Apénas distaba veinte pasos de su casa, cuando, a los rayos de la luna que empezaba a salir, le pareció ver una sombra que entraba por la puerta pequeña.

—¿Qué diablos será eso? se preguntó Adriano; ¿quién puede venir a mi casa a estas horas?

Precisamente en aquel momento daban las doce ménos cuarto.

—¿Será un ladron? murmuró. ¡Diablo! ¿si será algun amante que vendrá a ver a alguna de mis hijas? Bien podria ser.

Pensando esto, se habia detenido a quince pasos de la casa, cuando vió otra sombra que, siguiendo el camino que la primera, entraba por la misma puerta.

Adriano dió un paso con intencion de interrogar al recién llegado; pero éste se detuvo, i al ver a Adriano marchó hácia él i se quitó políticamente el sombrero.

Sin que Adriano recordara el nombre de aquel hombre, su fisonomía no le era desconocida.

—Caballero, le dijo, si venís a hablar conmigo os suplico que entreis en mi casa, donde estaremos mejor que en la calle.

—Tratadme con confianza, respondió con voz sorda el desconocido. Pasad delante, os lo ruego.

—Solamente para enseñaros el camino, replicó políticamente Adriano.

I, sombrero en mano, echó delante.

La puerta estaba abierta, con gran asombro de Adriano.

Subió la escalera i el desconocido le siguió.

Adriano abrió la puerta de su habitacion i quedó estupefacto.

Su habitacion estaba llena de muertos.

La luna iluminaba aquellos rostros amarillos i ríjidos, cuyas bocas estaban entreabiertas, medio cerrados los ojos i puntiaguda la nariz.

Adriano temblaba, i reconoció a todos los muertos que habia depositado en ataúdes.

El último que habia entrado con él, cuyas facciones no le eran desconocidas, era el brigadier en cuyo entierro habia ocurrido aquella gran lluvia que tan cruelmente habia deteriorado su material.

Al presentarse el constructor de ataúdes todos se inclinaron dándole gracias, esceptuando una mujer a quien Adriano tuvo que dar gratis un ataúd, porque la infeliz habia muerto tan pobre que no podia pagarlo, i ahora no se acercaba a él por temor de que la tratara mal.

Aquella mujer permaneció modestamente en un rincon.

Los demas muertos estaban mui bien vestidos.

Las señoras llevaban faldas con volantes i tocas o sombreros de la época en que fueron enterradas. Los hombres iban de uniforme o con trajes civiles, pero sin afeitar.

Los comerciantes llevaban sus ropas de domingo.

—Hénos aquí, Prokoroff, dijo el brigadier tomando la palabra a nombre de todos; como ves, hemos acudido a tu invitacion. Hemos dejado en casa a los descarnados, a los que nada tienen. Solamente ha querido venir uno, apesar de nuestras observaciones.

Al decir esto el brigadier, abrieron el círculo los muertos, i por el espacio despejado vió acercarse Adriano un esqueleto, completamente despojado de carne i sonriendo con amabilidad. Pedazos de sudario pendian de él, como los trapos que cuelgan de un palo en los campos para asustar a los pájaros. Los huesos de sus piés crujian dentro de las botas produciendo siniestro ruido.

—¿No me conoces? dijo el esqueleto a Adriano.

El constructor de ataúdes permaneció mudo, bien porque no conociera al muerto, bien porque el terror le helara la lengua en el paladar.

El esqueleto continuó:

—¡Cómo! querido Prokoroff, ¿no recuerdas?

El constructor de ataúdes hizo un esfuerzo i murmuró:

—¿Qué? ¿qué?

—¿No recuerdas a un antiguo soldado de la guardia, a Kurit-

kine, a quien vendiste en 1799 tu primer ataúd? Yo te estrené, i como no te he ocasionado desgracias, me debes un apretón de manos.

El esqueleto se adelantó hácia Prokoroff tendiéndole los brazos.

Adriano retrocedió medio muerto.

Pero como el esqueleto seguia avanzando i al mismo tiempo retrocedia Prokoroff, pronto llegó a la pared i tuvo que detenerse.

—¡Ah! . . . , dijo el esqueleto. Al fin te tengo.

Pero cuando Adriano vió aquellas huesosas manos i aquellos descarnados brazos prontos a estrecharle contra el hueco pecho, su terror llegó al paroxismo; rechazó violentamente al esqueleto, que cayó de espaldas i se rompió en mil pedazos sobre el suelo.

Al ver aquello, todos los muertos empezaron a lanzar gritos del otro mundo, injuriando al pobre Prokoroff i preguntándole si era aquella su costumbre de convidar a las jentes a cenar a media noche, separándolas de sus ocupaciones para recibirlas a puñetazos i hacerlas pedazos como al esqueleto.

Los gritos llegaron a un diapason tan elevado, sus jestos indicaron una exasperacion tan grande, sus rostros revelaron tan amenazadora indignacion, que faltando al pobre Adriano fuerzas para quedarse o huir, cayó sin conocimiento sobre los huesos del soldado de la guardia.

Su desmayo fué tan profundo, que no salió de él hasta las nueve de la mañana.

Cuando abrió los ojos se encontró en su lecho, i vió a su criada preparando el samavar.

Aunque tenia abiertos los ojos, aunque estaba en su cama, aunque, a excepcion de la criada, estaba desierta la habitacion, Adriano permaneció un instante mudo i temblando, porque su imaginacion le representaba a la señora Trukina, al brigadier i al soldado de la guardia.

Incapaz de pronunciar una palabra, esperó a que Axenia, así se llamaba la criada, empezara a hablar.

Esta se volvió por casualidad, i vió que su amo tenia los ojos abiertos.

—¡Ah, gracias a Dios! dijo, creia que no ibais a despertar hoi, Adriano Prokoroff: ¿sabeis la hora que es? Las nueve.

Diciendo esto, acercó la ropa a su amo; pero viendo que permanecia mudo,

—El sastre Ivan ha venido, continuó; despues el buridochwich Yourko ha dicho que no olvideis que hoi es la fiesta del alcalde de barrio; pero dormiais tan bien, que no he tenido valor para despertaros.

El constructor de ataúdes hizo un esfuerzo.

—¿I no han venido de casa de la difunta? preguntó.

—¿De casa de qué difunta? dijo Axenia.

—De casa de Trukina, la comercianta que sabes.

—¡Jesus! exclamó Axenia; ¿se ha decidido al cabo a morir la buena señora?

—Demasiado lo sabes, puesto que me ayudaste ayer a preparar todo lo necesario para los funerales.

—¿De que funerales hablais? ¿estais loco, Adriano Prokoroff? Ayer no estuvísteis de funerales sino de fiesta, aunque los funerales sean fiestas para vos.

—Pero ¿dónde estuve ayer?

—¡Ayer! todo el dia estuvísteis en casa del zapatero vecino, que celebraba el vijésimoquinto aniversario de su matrimonio; por mas señas que volvísteis ébrio hasta el punto de no poderos tener de pié, que os acostásteis en cuanto venísteis, i que desde entónces hasta ahora habeis estado durmiendo.

—¿Es verdad? exclamó Adriano sentándose en la cama.

—Tan verdad, que oid las nueve en este momento.

Prokoroff escuchó el reloj desde la primera campanada hasta la última, i solo entónces dijo, como si estuviese convencido:

—En ese caso vé a llamar a mis hijas i sírvenos el té.

Miéntras obedecía la criada, el constructor de ataudes se limpiaba el sudor de la frente murmurando:

—Es la última vez que bebo a la salud de mis parroquianos.

POUSCHKINE.

---

## EL ORGULLO I LA MODESTIA.

---

Cerca del Orgullo necio  
La Modestia se encontró,  
Al verla aquél, con desprecio  
Insolente la miró.

—¿Qué quieres aquí a mi lado?  
Por fin se dignó decir,  
Con tu presencia me enfado,  
Pantalla de mi lucir.

—Tu cruel enojo me asombra,  
¿En qué te puedo ofender?  
—Te repito: ni tu sombra  
Quiero a mis ojos tener,

¡Quiero solo estar rodeado  
De alabanzas!—¡Ceguedad!  
¿No comprendes, desdichado,  
Que todo es ¡ai! vanidad?

—¿Vanidad llamas la grata  
Brillantez de mi poder?  
—Es humo que se dilata  
Del candil de tu valer.

—Calla, necia, tu ignorancia  
No te permite lucir!  
—¡Pobre loco! tu arrogancia  
Acibara tu existir!

—Yo vivo de los honores  
Que envidia la multitud.  
—Pena me dan tus errores:  
Yo vivo de la virtud.

Así la Modestia dijo,  
I mi amada que la oyó,  
Con el alma la bendijo  
I con sus flores se ornó.

ROSENDO CARRASCO.

---

## ESCRITORES COLOMBIANOS.

---

SALVADOR M. ALVAREZ.

Nació en la ciudad del Socorro el día 21 de febrero de 1818: sus padres fueron Juan Bautista Alvarez i Mercedes Bermúdez.

El 10 de junio de 1823 le puso su padre en la escuela, i en 1.º de febrero de 1829 pisó por primera vez los claustros del colejo de San Bartolomé, en donde hizo, con interrupciones diversas, todos sus estudios universitarios hasta obtener el grado de doctor en medicina el 21 de febrero de 1842, aniversario de su natalicio.

Ejerció su profesion como médico alópata durante algun tiempo, no obstante que desde 1839, en que obtuvo su primer diploma oficial de bachiller, ya estaba iniciado privadamente en las doctrinas de Hahnemann; pero desde 1846 en adelante su práctica fué cada vez mas exclusivamente homeopática.

Publicó en esta ciudad el periódico médico titulado: LA HOMEOPATÍA.

I murió en Bogotá el 24 de mayo de 1874.

Su MANUAL DE MEDICINA HOMEOPÁTICA se publicó despues de su muerte, en la imprenta de Gaitan (1875), precedido de un rasgo biográfico i del retrato del autor.

### ANIBAL GALINDO.

Nació en el distrito de Coello, Estado del Tolima, en 1834.

Hizo sus estudios en el colejio de San Bartolomé, de 1844 a 1851, recibíendose de abogado en 1852.

Ha desempeñado los siguientes destinos:

Gobernador de la antigua provincia de Cundinamarca (1853 a 1854).

Ayudante de campo del gobernador de la provincia de Mariquita, señor Mateo Viana, en la campaña contra el jeneral Melo (año 54).

Subdirector de rentas nacionales en la administracion del doctor Mallarino (1855 i 1856).

Miembro del Congreso por el Estado de su nacimiento (1866 i 67).

Secretario de la Legacion de Colombia en Europa, con el título de Encargado de Negocios (1867).

Nuevamente elejido representante por el Estado de Cundinamarca (en 1872).

Ministro residente de Colombia en Venezuela (1873).

Jefe de la seccion de Estadística nacional (1874 i 1875).

Se ha consagrado especialmente a los estudios económicos i fiscales, i ha desempeñado constantemente la cátedra de economía política en el colejio del Rosario i en la Universidad nacional.

Sus escritos publicados son:

TRATADO SOBRE BANCOS, I EN ESPECIAL SOBRE EL BANCO DE INGLATERRA.

LA HISTORIA DE LA DEUDA EXTRANJERA DE ORÍJEN COLOMBIANO.

LA HISTORIA FISCAL I ECONÓMICA DEL PAIS, DESDE LA COLONIA HASTA NUESTROS DIAS.

EL ANUARIO ESTADÍSTICO DE COLOMBIA.

LA MEMORIA SOBRE LIBERTAD DE LA NAVEGACION DE LAS AGUAS COMUNES CON VENEZUELA.

I la traduccion del PARAISO PERDIDO, de Milton, texto ingles i español, publicado en Europa en 1867 i precedido de una carta congratulatoria de Lord Clarendon dirigida al traductor.

Fué redactor del periódico EL LIBERAL i ha sido colaborador del DIARIO DE CUNDINAMARCA, EL PAIS i otros varios.

### ARSECIO ESCOBAR.

Nació en Medellín el día 16 de julio de 1832.

Vino a Bogotá en 1848, ciudad en donde concluyó sus estudios en el colejo del señor Llérás i en la Universidad, hasta obtener el título de doctor.

Desde mui jóven se afilió en la causa del partido conservador, la cual sostuvo siempre.

A la edad de veintiun años concurrió como representante al Congreso de Ibagué, i luego tomó parte en la memorable campaña que tuvo por resultado la toma de Bogotá, el 4 de diciembre de 1854.

Asistió tambien, como representante principal, a los Congresos de 1855, 56, 57, 58 i 59.

A fines de este último año fué nombrado secretario de una Legacion de primera clase en las repúblicas del Perú i Chile.

En 9 de diciembre de 1859 llegó a Lima, i poco tiempo despues se dirigió a Chile, donde permaneció cerca de dos años, ya como secretario de la Legacion, ya como Encargado de Negocios.

Cuando estalló la revolucion del año 60, volvió a Colombia i sirvió en el ejército conservador como intendente jeneral, hasta la muerte de Arboleda.

Entónces marchó a Quito i allí se dedicó a negocios mercantiles.

Publicó muchos panfletos políticos i relijiosos, entre éstos uno en defensa del clero granadino, otro titulado ANTIOQUÍA i uno en elojio de Julio Arboleda.

De sus poesías, publicadas en periódicos de Quito, Guayaquil, Santiago, Lima, Bogotá i Medellín, es mui conocida la titulada: FÉ, ESPERANZA I CARIDAD. Escribió una leyenda en verso llamada GABRIELA i fué colaborador de la REVISTA DEL PACÍFICO. En EL HOGAR se encuentran algunos de sus artículos de costumbres limeñas, escritos con el seudónimo de OMAR.

A mediados del mes de enero de 1867 se embarcó en Guayaquil con direccion a Panamá, i en este puerto tomó pasaje en el vapor *Ocean Queen*, que debia llevarlo a Nueva York, pero habiendo sido atacado de fiebre amarilla, murió en el buque el 9 de febrero de 1867, tres días ántes de llegar a tierra.

Cuando se supo la noticia de su muerte se hicieron suntuosas exequias en Quito i en Popayan, tributadas a su memoria; i en la primera de estas ciudades el presbítero Federico C. Aguilar pronunció una oracion fúnebre en elojio del finado, i los señores Belisario Peña, Federico Hurtado, Emeterio Aragon, Saturnino Ordóñez, Rafael Orrantia, Ramon Calvo i Juan Leon Mera, dijeron sendos discursos elojiano su memoria.

ISIDORO LAVERDE A.